

En «Aula abierta», una nueva modalidad de conferencias

«La Odisea y su pervivencia en la tradición literaria» (I)

Dirigió el ciclo el profesor Carlos García Gual

El pasado mes de febrero la Fundación Juan March inició con el título de *Aula abierta* una nueva modalidad de ciclo de conferencias que se añade a los *Cursos universitarios*, que viene programando desde hace años, y los *Seminarios públicos* de más reciente creación. El *Aula abierta* consta de ocho conferencias, divididas en dos partes. Una primera de carácter práctico (con lectura y comentario de textos previamente seleccionados), que está destinada a profesores de enseñanza primaria o secundaria o alumnos de tercer ciclo universitario (previa inscripción en la Fundación Juan March) y que pueden obtener de esta manera créditos, de utilidad para fines docentes. La segunda parte es una conferencia y, como las actividades de esta institución cultural, está abierta al público en general.

La primera *Aula abierta* que tuvo lugar entre el 2 y el 25 de febrero llevaba por título *La «Odisea» y su pervivencia en la tradición literaria* y la dirigió Carlos García Gual, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid. El profesor García Gual intervino los días 2 («El poema de Ulises. Su estructura, sus figuras, sus temas»), 9 («La figura de Ulises en el mundo griego, y más allá»), 16 («En la Grecia moderna: Cavafis, Katsantsakis, Seferis»), 23 («Nostalgia e ironía», I) y 25 de febrero («Nostalgia e ironía», II). Intervinieron también: Emilio Crespo, catedrático de Filología Griega de la Universidad Autónoma de Madrid (jueves 4 de febrero, «Homero y la épica. La *Iliada* frente a la *Odisea*»; Vicente Cristóbal, profesor titular de Filología Latina de la Universidad Complutense (jueves 11 de febrero, «Ulises en la literatura latina»); y Dámaso López, profesor titular de Filología Inglesa de la Universidad Complutense (jueves 18 de febrero, «Ulises en la literatura inglesa: Tennyson, Joyce, Pound»).

A continuación se ofrece un resumen de las cinco conferencias del profesor García Gual y en el próximo *Boletín Informativo* se publicará el resumen de las tres conferencias restantes.

Carlos García Gual

El poema de Ulises y su vigencia en la Literatura

Ya en la *Iliada* destaca entre los héroes griegos Odiseo (al que los latinos llamaron Ulises) por su inteligencia práctica y su habilidad para ha-

cer frente a los trances difíciles, además de su gran facilidad de palabra. Mientras que los demás héroes tienen epítetos que los señalan por un rasgo

físico o por su armamento. Ulises está caracterizado por su talante: es «astuto, diestro en recursos, sufrido, muy inteligente».

Recordemos que no es hijo de ningún dios o diosa, sino de Laertes, un reyezuelo de la isla de Itaca, una isla pequeña y no muy rica, de quien heredó el poder y cuyo trono ha dejado en manos de su mujer, la fiel Penélope. Allí quiere regresar, con su botín de guerra, y sus doce naves, apenas concluye el largo asedio con el saqueo y la destrucción de Troya. Pero ese honrado empeño le costará nada menos que diez años. La *Odisea* es un *Nóstos*, un poema de un *regreso* azaroso y extremadamente largo. Hubo otros regresos memorables de otros héroes, pero el de Odiseo los superó a todos en fama y en dificultades.

De algún modo podemos considerar la *Odisea* como una continuación de la *Ilíada*. En ella se cuenta el final de la guerra de Troya y la imagen de Ulises continúa la ya mostrada en ese poema. Sólo que ahora se ha convertido en el protagonista indiscutible de la epopeya que lleva su nombre. La *Odisea* es el poema de Odiseo con toda justicia: siempre se habla de él, incluso en los cantos en que no aparece y es sólo el gran ausente, como en los de la *Telemaquía*. Pero este protagonista es más que un famoso guerrero aqueo, es el aventurero marino que surca un espacio misterioso, donde se enfrenta a monstruos y prodigios que no son sólo los de la escena épica, sino los de los cuentos populares de misterios y maravillas.

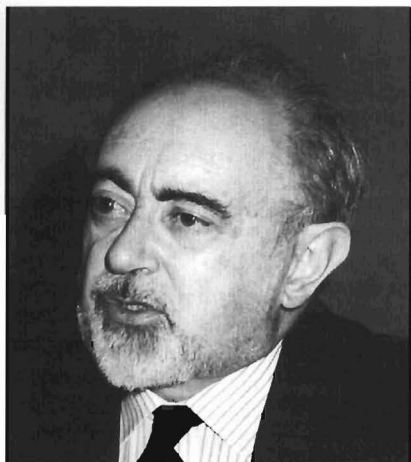
La *Odisea* da al lector la impresión de ser más extensa que la *Ilíada*. Pero no lo es en realidad. Por su número de versos (trece mil y pico) es algo más corta que la otra epopeya (unos dos mil versos menos). Sin embargo, resulta mucho más amplia por sus múltiples escenarios, por el espacio que recorre Ulises en su itinerario errático y la variedad de sus ambientes y personajes. Toda la *Ilíada* ocurría en un mismo lugar: en torno a Troya y sus

alrededores. En la *Odisea*, en cambio, hay al menos tres ámbitos de la acción: el de la guerra de Troya, el de las aventuras marinas de Ulises y el de la vida cotidiana en Itaca.

Esos escenarios corresponden a tres aspectos de la personalidad de Ulises que se entremezclan en la narración, pero que pueden distinguirse fácilmente. Y que tienen sus propios ritmos y resonancias: épico es el Ulises que luchó en Troya, pero el protagonista de encuentros fabulosos —en su mayoría típicos de un *folktale* muy antiguo y extendido por el mundo— pertenece a otro ambiente y, en cambio, es un personaje novelesco y de relato realista el Ulises de regreso en Itaca, mendigo falso en su propio palacio.

En el poema homérico podemos advertir una estructura muy clara: comienza la *Odisea* con los cantos que cuentan el viaje de Telémaco en busca de su padre (del I al IV forman los que solemos llamar la *Telemaquía*). Ya en el V aparece Ulises, en la isla de Calipso, y desde esta isla se echa de nuevo al mar hasta llegar a Feacia, donde es acogido por Nausícaa (canto VI) y allí en Feacia cuenta Ulises sus aventuras anteriores (cantos VIII al XII). Es transportado por los feacios a Itaca, y Ulises llega a su tierra ya en el canto XIII, pero tardará en darse a conocer a los suyos para tomar cumplida venganza contra los pretendientes, de modo que es en el canto XXIII cuando es acogido en los brazos de la fiel Penélope en el largamente esperado final feliz. (El canto XXIV, que narra la bajada al mundo de los muertos de los pretendientes, es probablemente un añadido inspirado en la visita al Hades del canto XI.) Por tanto podemos trazar un esquema resumido y tripartito: *Telemaquía (I-IV)*, *Aventuras marinas (V-XII)*, *Venganza en Itaca (XIII-XXIII/XXIV)*.

Sobre el itinerario de Ulises se ha escrito mucho. ¿Se trata de un azaroso zigzag por un mar fantástico, o hay un fondo real, de un periplo marino efectuado en la geografía del Medite-



Carlos García Gual (Palma de Mallorca, 1943) es catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Ha publicado numerosos artículos y libros sobre Lingüística Griega, Literatura, Filosofía y Mitología antiguas, y algunos sobre Literatura europea medieval. Entre sus libros pueden citarse: *El sistema diatéctico en el verbo griego*; *Los orígenes de la novela*; *Primeras novelas europeas*; *Prometeo: mito y tragedia*; *Mitos, viajes, héroes*; *Epicuro*; *La secta del perro*; *Los siete sabios (y tres más)*; *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*; *Audacias femeninas*; *Lecturas y fantasías medievales*; *Figuras helénicas y géneros literarios*; e *Introducción a la mitología griega*. Ha traducido varias obras de clásicos griegos (líricos, Eurípides, Platón, Apolonio de Rodas, Aristóteles, Pseudo Calístenes, etc.) y es asesor de la Biblioteca Clásica Gredos.

rráneo, en el que el viejo Homero puede haberse inspirado? La discusión filológica al respecto viene de muy antiguo, ya de los eruditos griegos del período helenístico. En nuestro siglo son varios los estudiosos que han querido trazar un mapa de la ruta de Ulises por el Mediterráneo; y algunos incluso por

el Atlántico.

No pasemos por alto otro de los claros encantos de la *Odisea*: sus variadas figuras femeninas. A diferencia de la *Ilíada*, donde el ámbito bélico típico de la epopeya reservaba el primer plano en exclusiva para los héroes violentos, y sólo dejara entrever en un discreto segundo plano figuras femeninas como las de Helena, Andrómaca y Hécuba, en la *Odisea* hay muchas y variadas figuras de mujer que impresionan la memoria del lector. Figuras que ejercen una curiosa fascinación, como Penélope, Calipso, Circe, Nausícaa, Arete, Helena e incluso la fiel vieja sirvienta Euriclea. Ese interés y hasta simpatía y admiración por el mundo femenino ha intrigado a muchos lectores. E incluso ha dado motivos a la hipótesis de que una mujer pudo ser autora de la *Odisea*, como recoge Robert Graves en su novela *La hija de Homero*. La *Odisea* es un texto de múltiples aspectos y de una riqueza de motivos admirable. Es muy difícil encontrar en toda la literatura mundial otro texto con tantos temas y con tan atractivos personajes. La figura de Ulises pervive en la tradición mitológica más allá de la imagen de la *Odisea*.

Ulises después de Homero

La mítica figura de Ulises conoció, después de la *Odisea*, múltiples recreaciones y evocaciones. Primero en los poemas del llamado «ciclo épico», especialmente en la *Destrucción de Troya*, los *Cypria* y la *Telegonia*. (Sólo conocemos estos textos por resúmenes y muy breves fragmentos, pero podemos constatar su influencia en obras dramáticas posteriores.) En ellos se contaban episodios que quedaron al margen de lo narrado por Homero, como sus enfrentamientos con otros héroes, como Palamedes y Filoctetes, y la muerte del héroe a manos de Telégono, hijo suyo y de Circe.

Palamedes, el más inteligente de los aqueos, fue quien obligó al héroe a

partir hacia Troya, a pesar de él, demostrando que Ulises se había fingido loco para evitar la marcha. Luego fue acusado de traición, taimadamente, y condenado a morir por los manejos de Ulises. También fue Ulises quien aconsejó abandonar a Filoctetes, con su herida pestilente, en la isla de Lemnos. La *Telegonia* contaba la posterior salida de Ulises de Troya, su viaje por la tierra de los Tesprotos y su regreso a Itaca para pelear allí con Telégono, quien le da muerte, sin haber reconocido antes del combate a su padre.

Por su paciencia y perseverancia Ulises pudo servir de modelo a algunos poetas elegíacos, como Arquíloco y Alcman. Pero fue criticado por su astucia en el triunfo por un poeta aristocrático de talante conservador, Píndaro, que lo opone al noble Ajax, al que Ulises venció en el famoso certamen por las armas de Aquiles. En las *Nemeas VII y VIII* Píndaro elogia al guerrero del gran escudo, Ajax, paradigma del héroe monolítico arcaico, frente al que triunfa mediante ardides y palabras astutas. Con esa postura Píndaro se inclina por una imagen antiheroica de Ulises que tiene notables paralelos en los trágicos.

Ya seguramente fue así en Esquilo, de quien hemos perdido todas las tragedias en que sacaba a escena a Ulises. Pero esa línea persiste en Sófocles, en su *Ayante* y su *Filoctetes*. Si bien en la primera todavía destaca la humanidad de Ulises, que interviene frente a Agamenón para que reciba dignos honores fúnebres su rival muerto, traza en la segunda un retrato de Ulises como político pragmático y sin escrúpulos morales.

Eurípides muestra también a Ulises en un enfoque desfavorable. En *Hécuba* es él quien viene a exigir a la vieja reina de Troya la entrega de Polixena para sacrificarla sobre la tumba de Aquiles. Y en el diálogo con ella evidencia su talante maquiavélico: le importa el éxito y la victoria de los suyos, sin reparo alguno. En *Troyanas* y en *Ifigenia en Aulide* no sale a escena,

pero se le menciona como al político decidido a todo para vencer. Sin duda el *Palamedes* de Eurípides, que no se ha conservado, insistía en esa misma imagen.

En el mundo latino encontramos ecos de todas estas imágenes del héroe. Recordemos, en primer lugar, que la *Odisea* fue el primer gran texto griego traducido al latín (por Livio Andronico). Es significativo que, frente a la *Iliada*, la gran epopeya bélica, se prefiriera esta gesta personal del aventurero mediterráneo. Pero en la *Eneida* de Virgilio se recuerda a Ulises como el destructor de Troya, la patria del exiliado Eneas, fundador de Roma. También las *Crónicas troyanas* de Dares y de Dictis ofrecen una imagen ambigua de Ulises, el astuto inventor del caballo de madera.

Esa imagen poco favorable se transmite a la Edad Media desde esos textos de tantos ecos medievales. Pero será una estampa distinta y sorprendente la que nos deje una visión más impresionante de Ulises, la que habla de su muerte, en el gran poema de Dante (que no había leído la *Odisea*, desde luego). En el canto XXVI del *Infierno*, cuando recorre el octavo círculo de los condenados, Dante, que va acompañado por Virgilio, se para ante una llama doble, donde arden las almas de Ulises y Diomedes. Y es el propio Ulises, transformado en llama parlante, quien le refiere al poeta medieval su última aventura.

Ulises reaparece en pinturas y dramas del Renacimiento y del Barroco, bien como un hábil político, bien como un símbolo del hombre prudente, asaltado por las tentaciones, pero capaz de lograr el regreso salvador. Valgan como ejemplo de esas dos imágenes, respectivamente, *Troilo* y *Crésida* de Shakespeare y un par de obras de Calderón: *El mayor encanto amor* y *Los encantos de la culpa*. Las dos piezas calderonianas se centran sobre cómo Ulises escapa de los voluptuosos hechizos de Circe. En el romanticismo resurge la silueta de Ulises como el

viajero inquieto, explorador del más allá, sombra dantesca más que homérica en el espléndido poema de A. L. Tennyson, *Ulysses* (1833).

Ulises en el siglo XX

Ya en el siglo XX podemos analizar la figura de Ulises en tres grandes poetas griegos: Cavafis, Katsantsakis y Seferis. En *Itaca* de Cavafis se expresa bien el sentido de la *Odisea* como un viaje de aventuras y experiencias enriquecedoras orientado hacia la isla pobre de donde partió y adonde vuelve el viajero con su historia peregrina. En la larguísima *Odisea* de N. Katsantsakis (de 1938), el gran escritor cretense nos da una nueva visión, muy personal, de Ulises como el héroe de un peregrinaje arduo y múltiple, en pos de una nueva existencia, con ansias de crear una nueva sociedad más justa, un Ulises inquieto, revolucionario, que rapta a Helena de nuevo, pasa por Esparta, Creta y por Egipto, funda una ciudad igualitaria en África, se encuentra con figuras de hondo simbolismo y acaba solitario muriendo en los hielos del Antártico. El vasto poema, de 33.330 versos de quince sílabas, es una extraña continuación épica y utópica del relato homérico, atravesado por las ideas e inquietudes de nuestro siglo. El poema de G. Seferis titulado *Sobre un verso antiguo* (1931) evoca a Ulises como el gran compañero del viajero griego, camarada marino de manos callosas y gran corazón, que surge en los momentos arduos de la existencia para dar ánimos al poeta.

Pero la recreación más memorable de Ulises en nuestro siglo es la novela *Ulises* (1923) de J. Joyce. Sólo el título declara explícitamente la relación de la «odisea» vulgar de unas horas en Dublín de Leopold Bloom con el poema homérico. Pero sabemos por la confesión del autor, y podemos confirmarlo en un análisis profundo de la trama, que los episodios homéricos han sugerido los actuales en la novela

polifónica de Joyce. Que ese dublinés, judío y fantasioso, cansino y borrachín, protagonista de la trama, guarde un parecido con el héroe antiguo es un efecto de ironía profunda. El antiguo mundo heroico se degrada en la parodia de Joyce, pero su brillo pervive a través de ella.

También es fácil percibir la influencia de la *Odisea* y de Ulises en los cantos de Ezra Pound, desde el Canto I, que comienza con una versión poética de una traducción renacentista de la *Nehuia* odiseica. El poeta debe emprender un viaje al mundo de las sombras, para conversar allí con su propio Tiresias, sugiere Pound, que se vio a sí mismo como un trágico Ulises, perdido en otra época.

Nostalgia e ironía son los dos rasgos que dan tono a las evocaciones míticas en el siglo actual. Bajo uno y otro sentimiento es posible situar las reapariciones de la figura de Ulises en las obras de teatro, en la poesía y la novela. Bajo una y otra enseña analizamos la presencia de Ulises en las obras más significativas. Así podemos verlo en algunos ejemplos atractivos, como el drama de J. Giraudoux, *No habrá guerra en Troya* (1935), en la novela de J. Giono, *Naissance de l'Odysée* (1938), en los *Diálogos con Leucó* (1947) de C. Pavese y en *El desprecio* (1950) de A. Moravia. O en la novela de R. Graves *La hija de Homero* (1955), donde figura una taimada Nausícaa siciliana como autora de la *Odisea*, con sutil ironía.

Los ecos odiseicos son muy notables en muy significativas obras de la literatura catalana: en la *Nausica* (1910) de Joan Maragall, en algunas de las *Elegies de Bierville* (1943) de Carles Riba —el gran traductor de la *Odisea* al catalán en dos versiones poéticas de 1919 y 1938—, en el *Odiseo* (1951, traducc. castell., 1953) de Agustí Bartra y en algunos textos de *El mar, las rocas, lo azul* (1967) de Salvador Espriu.

Si en la poesía parece dominar la nostalgia —pero no está ausente la iro-

nía—, en el teatro parece ser al contrario. Fuertemente irónicas son casi la totalidad de obras dramáticas que, en la escena española de este siglo, han representado el regreso de Ulises. Para abreviar podemos señalar sólo las más conocidas de esa decena larga: *La tejedora de sueños* de Antonio Buero Vallejo, *¿Por qué corres, Ulises?* de Antonio Gala y *Último desembarco* de Fernando Savater.

Todas ellas apuntan un final muy distinto del homérico. La psicología moderna y burguesa ha corroído la trama ejemplar y puesto en duda el final feliz de cuento maravilloso de la *Odissea*. Acaso Penélope estaba ya acostumbrada y feliz con el asedio de los pretendientes, y se había hecho sus propios sueños, que la llegada de Ulises quiebra de modo brutal y sangriento. Acaso Ulises debió de haberse detenido algo más y gozar de los placeres del momento, sin empeñarse en su papel envarado y heroico. Acaso su regreso va a perturbar a todos en Itaca, cuando se habían acostumbrado ya a planear—Telémaco y quizás Penélope—su propia vida sin él. En fin, la desmitificación ha hecho de las suyas en esas versiones. Todas tienen algo en común: subrayan que el tiempo es más destructor de lo que apuntaba la antigua épica, que el regreso es de algún modo imposible porque el tiempo lo ha variado todo.

Se puede concluir este recorrido pasando revista a las numerosas alusiones a Homero y a Odiseo que hallamos en la obra de Jorge Luis Borges. En efecto, junto con Dante, Shakespeare y Cervantes, Homero es el autor más citado en las obras del escritor argentino. A él se refieren dos de sus más famosos cuentos: «El inmortal» y «El hacedor». El poeta ciego se siente fraternalmente unido en sus experiencias al viejo Homero. Y es en la poesía, especialmente en sus últimos libros, donde esas alusiones abundan más. Un famoso soneto enfoca el final de la *Odissea*, en el canto vigésimo tercero. Otro habla de un exiliado, que es

Odiseo y Borges. Homero surge con frecuencia junto a Heráclito y su río, y con el ubicuo laberinto. Es uno de los grandes símbolos de la poesía borgiana. Pero es, para Borges, a quien le gustaba poco la *Iliada*, la *Odissea* un libro casi infinito, del que nos dice: «algo hay distinto cada vez que lo abrimos». En *Las versiones homéricas* y en varias entrevistas repitió Borges que, al no saber griego, puede leer el poema de Homero en traducciones diversas y verlo así convertido en una literatura. Con estos testimonios poéticos de Borges concluimos estas reflexiones, que han seguido el rastro de Ulises a través de varias épocas y lenguas, en una tradición de veintiocho siglos. Una tradición que, como hemos querido mostrar, parece seguir aún vivaz, gracias a la adaptabilidad y el variado simbolismo de Ulises. □

Fundación Juan March


La Odisea

y su pervivencia en la tradición literaria

AULA ABIERTA

DIRECTOR

Carlos García Gual




Febrero 1999

Martes, 2	Carlos García Gual <small>El poema de Ulises. Su estructura, sus figuras, sus temas.</small>
Jueves, 4	Emilio Crespo <small>Homero y la epica. La <i>Iliada</i> frente a la <i>Odissea</i>.</small>
Martes, 9	Carlos García Gual <small>La figura de Ulises en el mundo griego, y más allá.</small>
Jueves, 11	Vicente Cristóbal <small>Ulises en la literatura latina.</small>
Martes, 16	Carlos García Gual <small>En la Grecia moderna. Cavafis, Katsantsozis, Sefiris.</small>
Jueves, 18	Adriano López <small>Ulises en la literatura inglesa. Tennyson, Joyce, Pound, etc.</small>
Martes, 23	Carlos García Gual <small>Nostalgia e ironía (1).</small>
Jueves, 25	Carlos García Gual <small>Nostalgia e ironía (2).</small>

Aia

19.30 - 20.30 horas. Conferencia. Entrada libre.
20.45 - 21.45 horas. Clase práctica. Entrada restringida previa inscripción.*

* Curso de 18 horas, correspondiente a 2 créditos, inserto en las Actividades de Formación Permanente: seminarios, conferencias y cursos para funcionarios docentes (en trámite).
Inscripción gratuita. Plazas limitadas.



Ciclo dirigido por Carlos García Gual

«La Odisea y su pervivencia en la tradición literaria» (y II)

Conferencias de Emilio Crespo, Vicente Cristóbal y Dámaso López

La «Odisea» y su pervivencia en la tradición literaria fue el título de la primera «Aula abierta» que organizó en su sede la Fundación Juan March. Se celebró el pasado febrero, dirigida por Carlos García Gual, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid —quien impartió cinco de las ocho conferencias de que constó el ciclo—, y contó además con la participación de Emilio Crespo, catedrático de Filología Griega de la Universidad Autónoma de Madrid (4 de febrero), quien habló sobre «Homero y la épica. La *Iliada* frente a la *Odisea*»; Vicente Cristóbal, profesor titular de Filología Latina de la Universidad Complutense (11 de febrero), sobre «Ulises en la literatura latina»; y Dámaso López, profesor titular de Filología Inglesa de la Universidad Complutense (18 de febrero), sobre «Ulises en la literatura inglesa: Tennyson, Joyce, Pound».

En el número anterior del *Boletín Informativo* se ofrecía un resumen de las conferencias del profesor García Gual. En éste se reproduce un extracto de las intervenciones de los otros tres profesores citados.

El «Aula abierta» es una nueva modalidad de ciclo de conferencias que se añade a los «Cursos universitarios» y los «Seminarios públicos». Está integrada al menos por ocho sesiones en torno a un mismo tema. Una primera parte es de carácter práctico (con lectura y comentario de textos previamente seleccionados), y sólo asisten a ella profesores de enseñanza primaria y secundaria (previa inscripción en la Fundación Juan March), que pueden obtener créditos, de utilidad para fines docentes. Sigue una segunda parte abierta al público, consistente en una conferencia o lección magistral. Como todas las actividades de la Fundación Juan March, «Aula abierta» es de carácter gratuito.

Emilio Crespo

Homero y la épica. La «Iliada» frente a la «Odisea»

Lo primero que destaca al leer la *Iliada* y la *Odisea* y otros poemas griegos arcaicos es la repetición de fórmulas y de motivos típicos. Se repite un mismo epíteto aplicado a un mismo sustantivo; se repiten versos

enteros y series de versos. Agamenón es «soberano de hombres»; Aquiles «el de los pies ligeros»; Héctor «el de tremolante casco»; la espada «tachonada de argénteos clavos»; las naves «veloces». Los discursos empiezan a

menudo: «y respondiéndole le dije estas aladas palabras». Estos sintagmas repetidos se denominan fórmulas y son grupos fónicos cuyo grado de expectación mutua es elevado.

También se repiten escenas como batallas y duelos, llegadas, visitas, embajadas, ofrendas de un banquete o de una libación; llegada a un puerto o viaje por tierra en carro, reunión de la asamblea, juramentos, discursos y monólogos. La causa más verosímil de este complejo sistema de fórmulas y repeticiones es que los poemas se componían de memoria y se difundían de manera oral de unos poetas a otros.

La narración en la *Iliada* y la *Odissea* se instala en el pasado heroico y evita toda referencia al presente del poeta y a su individualidad. El contenido y los motivos son tradicionales. Los personajes no requieren presentación. Se presupone el conocimiento de la leyenda y se anuncia a partir de qué punto del mito, considerado como algo histórico, va a comenzar la narración. La acción transcurre conforme a un plan divino. Es la Musa quien canta. Además, hay que suponer que provoca en el auditorio llanto y compasión ante las desdichas sufridas por los héroes en la guerra.

Durante la Antigüedad se consideró la narración homérica como histórica, no una ficción poética. El tema pertenece a un momento concreto del décimo año de la segunda guerra de Troya, datada en la edad heroica (en el 1184 a. C., conforme a la cronología mítica más extendida, la basada en Eratóstenes). Los griegos de la Antigüedad consideraban histórica la guerra de Troya. Desde fines de la Antigüedad hasta mediados del siglo XIX se creyó que la guerra de Troya era una ficción. Sin embargo, las excavaciones de Schliemann en la colina de Hissarlik y en Micenas hacia 1870 llevaron a estimar que hay un



núcleo histórico en la leyenda de la guerra y en la destrucción de Troya a manos de un invasor.

Así la *Iliada* es el producto excepcional de una tradición oral de poetas que componían de memoria sin ayuda de la escritura y difundían sus poemas cantando al son de un instrumento de cuerda ante un auditorio. La *Iliada* fue compuesta poco antes del 700 antes de nuestra era en Jonia o en alguna de las islas adyacentes, pero versiones anteriores de ella, que desconocemos, remontan seguramente hasta el 1200 a. C., fecha aproximada del suceso histórico que sirve de fondo.

Algunos rasgos específicos de la *Iliada* son la monumentalidad, la unidad temática, las digresiones extensas y los episodios laxamente cohesionados, la pretensión de un simbolizar la guerra entera mediante el relato de un episodio puntual, la concentración en el tema central y un cierto interés por lo humano y lo ético, que emergen sobre el fondo de una sociedad bélica primitiva.

Esta preocupación por lo humano se manifiesta en el desapego por lo grotesco y lo informe, por lo hiperbólico y lo brutal, por lo mágico y lo maravilloso, en las valoraciones morales implícitas y, sobre todo, en la compasión por el sufrimiento y la muerte. Esta compasión es la que facilita el encuentro final entre Príamo, el padre que solicita al matador de su hijo el rescate de su cadáver, y Aquiles, el matador que sabe que con su hazaña no ha hecho más que precipitar su propia muerte.

Este interés por lo humano prelude la tragedia clásica y el afán característico de algunos griegos antiguos por la explicación racional. La historia posterior ha interpretado que en la *Iliada* hay coherencia lógica entre el contenido y la forma, y que esta coherencia define la poesía que denominamos clásica.

Vicente Cristóbal

Ulises en la literatura latina

Ulises es una figura especialmente moldeable por razón de la ambigüedad inherente a su más característico rasgo: la inteligencia, que puede ser puesta en juego para beneficio o daño de los otros. De ahí las pasiones encontradas que ha suscitado este héroe. Así ya entre los romanos: desde las idealizaciones y las interpretaciones alegóricas del héroe propias del estoicismo (Cicerón, Séneca, Apuleyo y Boecio), hasta la soez y obscena caricatura de la *Odisea* (priapeo 68) o la trivialización anacrónica (Horacio, *Sátiras* II 5), toda una galería de retratos de Ulises puede contemplarse en la literatura latina. Y entre todos ellos sobresalen los textos poéticos de Ovidio, que en muchas de sus facetas (amante, artista de la palabra, desterrado) halló motivos para identificarse con el personaje homérico. Ya sea porque desde muy pronto el mítico recorrido de Ulises se vinculó con la geografía italiana, ya porque la *Odisea*, en traducción latina de Livio Andronico, se convirtió para los romanos en texto escolar, el caso es que esta epopeya homérica gozó de especial referencia entre los romanos. Y tal preferencia se reflejó en su literatura. He aquí a continuación los hitos más importantes de un itinerario que va a la búsqueda de la presencia de este héroe en las letras latinas antiguas:

1. Livio Andronico, traductor al latín de la *Odisea* en el siglo III a. C. en versos saturnios, típicamente romanos. Es la primera adaptación odiseica, que será texto escolar y tendrá, por tanto, importancia capital para la difusión del tema.

2. Levio, poeta preneotérico (fines del s. II y principios del I), que escribió una obra, titulada *Sireno Circe*, en la que interviene Ulises como amante.



3. Varrón (s. I), que en una de sus *Sátiras Menipeas* titulada *Sesculixes* («Un Ulises y medio»), trata también sobre nuestro personaje, interpretado a la manera estoica.

4. Cicerón, el gran prosista latino, que en su obra filosófica *De finibus*, entre otras varias alusiones al personaje, nos presenta la imagen de un Ulises amante de la ciencia, que quiere oír las palabras sabias de las Sirenas antes de continuar su camino y traduce un extenso pasaje de la *Odisea* (XII 184-191).

5. Virgilio, que modela su *Eneida*, especialmente en su primera parte, a imagen de la *Odisea* y que hace pasar a su héroe por muchas de las pruebas —como la catábasis— por las que había pasado el héroe homérico.

6. Horacio, que en una de sus *Sátiras* hace continuar el episodio homérico de la bajada al infierno y de la consulta de Ulises al fantasma de Tiresias, inquiriéndole ahora acerca de cómo enriquecerse. Una juntura muy efectista de mito antiguo y realidad romana contemporánea.

7. Ovidio, que en todas sus obras saca a relucir alguna de las caras múltiples del héroe: amante en las obras amorosas (de Penélope en las *Heroidas*, de Calipso en el *Arte de Amar*, de Circe en los *Remedios*), orador consumado en las *Metamorfosis*, y símbolo del hombre de letras y palabras frente al hombre de acciones —Áyax—, fundador de ciudades italianas en los *Fastos* y desterrado en las *Tristes* y las *Pónticas*.

8. Séneca (s. I), que en sus obras filosóficas y en sus cartas presenta la imagen positiva del Ulises símbolo del hombre virtuoso, según los estoicos, y en su tragedia *Las Troyanas* nos ofrece, en seguimiento de los trágicos atenienses, la imagen negativa y criminal del

héroe sanguinario.

9. El priapeo 68 (s. I), caricatura obscena de la *Odisea*.

10. Apuleyo (s. II), que en su *De Deo Socratis*, siguiendo la tradición estoica, hace interpretación alegórica de sus hazañas y explica que la compañía constante de la diosa Minerva no es sino un modo de mostrar que el héroe estaba en posesión de la sabiduría.

11. Dictis (¿s. IV?), que en su relato sobre Troya ofrece, en el último li-

bro, una completa racionalización, con muchas distorsiones, de la leyenda odiseica.

12. Dares (¿s. VI?), que en su relato sobre la caída de Troya da cuenta de las hazañas del héroe, con muchas novedades fruto sin duda de la invención.

13. Boecio (s. VI), que sigue en la tradición estoica y en *De cons. Phil.* IV 3, 1-39 nos ofrece una dimensión engrandecida y filosófica de Ulises.

Dámaso López

Ulises en la literatura inglesa

En las letras inglesas, la figura de Ulises, tal y como aparece en la *Odisea* o en la *Ilíada*, ha servido como fuente de inspiración para muchos autores. Sin embargo, después de recorrer algunas de las cumbres de la lírica inglesa —representadas, por ejemplo, a través de las obras de Shakespeare, Milton y Wordsworth—, puede llegarse a la conclusión de que el personaje literario Ulises no tiene el relieve o la importancia que en la historia de la literatura tienen otros personajes de creaciones mejor conocidas. Ulises es un personaje secundario en la obra de Shakespeare *Troilo y Crésida*, que, a su vez, es una de las obras menos representadas del dramaturgo británico; es un personaje en el que podrían señalarse rasgos que hacen pensar tanto en Polonio como en Hamlet, y se ve que no se compadece muy bien lo que el lector sabe del héroe clásico con el retrato que de él brinda Shakespeare. Milton, por otra parte, no tiene ocasión ni pretexto para recrear la figura de Ulises, aunque en el *Paraíso perdido* no son pocos los atributos que el Lucifer caído comparte con Aquiles. Y, en fin, Wordsworth no halla en la naturaleza, su mayor fuente de inspiración,



ninguna oportunidad que lo autorice a ofrecer al lector los servicios del héroe clásico. No es del todo ajeno Ulises, por otra parte, a la inspiración que da forma a *Childe Harold Pilgrimage* o a *Don Juan*, de Lord Byron, pero tienen estos poemas el inconveniente de que nadie los tomaría por cumbres en el canon literario británico.

El gusto por el héroe homérico se fomenta en Inglaterra a través de las traducciones, desde las de Chapman en el siglo XVII (evocadas en un espléndido soneto de John Keats), hasta las de Alexander Pope en el siglo XVIII (Bentley: «El poema es muy bonito, pero debe decir usted que es de Homero, Mr. Pope»), y concluyendo en el siglo XIX en las exaltadas polémicas entre Francis William Newman y Matthew Arnold sobre el mejor modo de traducir a Homero.

Es Lord Alfred Tennyson, el poeta victoriano, quien acaso logre en los tiempos modernos un mejor conjunto de interpretaciones y recreaciones del personaje de Ulises. Le sirve el héroe, a través de una fuente no homérica, *La divina comedia* de Dante, para cantar la fe en la fidelidad a un destino personal que desafía las adversidades, y que

exige una voluntad superior a la que solicita el simple cumplimiento del deber («Ulysses»). Le sirve para cantar una forma de vida, a medio camino entre la pura y simple holganza y el nihilismo, que revela la insatisfacción y el cansancio acumulados por el marinerero británico, acuciado de guerras y de viajes cuya finalidad es el establecimiento de un dominio político y militar sobre el planeta; insatisfacción que, por otra parte, preludia el desistimiento de las empresas imperiales de la burguesía británica al llegar el ocaso del reinado de Victoria («The Lotos-Eaters»). Le sirve, por último, para examinar las virtudes de la familia, para analizar sus valores, y para enaltecerlos de una forma que en las limitaciones de su sensiblería se asocia de forma inequívoca al período victoriano (*Enoch Arden*).

Fue, sin embargo, el irlandés James Joyce quien en su novela *Ulises* estableció los rasgos con los que el lector contemporáneo puede mirarse en el espejo homérico. James Joyce informó a su amigo Frank Budgen de sus intenciones: «Estoy escribiendo un libro —dijo Joyce— inspirado en los viajes de Ulises. Es decir, la *Odisea* me sirve de mapa. Sólo que mi tiempo es el de ahora, y los viajes de mi héroe duran sólo dieciocho horas». En la mitología greco-latina los dioses adoptaban multitud de oficios: se convertían en pastores, en labradores, o desempeñaban, por ejemplo, el oficio de herreros. Zurbacán hizo ejecutar los legendarios trabajos de Hércules a un gañán, y en sus cuadros aparece el héroe clásico como un forzado campesino que se enfrenta con tareas descomunales. James Joyce encarnó la figura de Ulises en Leopold Bloom, un judío irlandés, de clase media, agente de publicidad para la prensa escrita de Dublín. El viaje del contemporáneo Ulises dura sólo dieciocho horas, es decir, justamente desde que se despierta, en el cuarto capítulo (los tres primeros capítulos constituyen la *Telemaquiada*), hasta que lo acompaña el lector hasta la cama, en el

capítulo dieciocho. Durante todo este tiempo, durante las horas de vigilia del día de Leopold Bloom, asiste el lector al encuentro de Ulises y Nausícaa; en la novela, Leopold Bloom contempla en la playa a una adolescente, Gerty MacDowell; es un encuentro fugaz, sin palabras; la homérica complacencia del mito erótico del varón que naufraga en una playa y se encuentra con una princesa da ocasión en la novela a una sórdida relación que deja un recuerdo amargo en la conciencia del lector; asiste asimismo a la visita a la cueva del cíclope (un bar), donde el propio cíclope, un nacionalista exaltado al que su único ojo sólo le permite tener una visión parcial de las cosas, intimida a Leopold Bloom, a quien hace huir, y a quien lanza en lugar de piedras una caja de galletas vacía. Nada extraño tiene pues que la visita al Hades se convierta en un cortejo fúnebre que acompaña al cementerio al difunto Paddy Dignam, que Néstor sea un profesor, que Eolo sean las noticias más o menos triviales que vuelan desde la redacción de un periódico, que los Lestrigones se conviertan en los glotones comensales de una casa de comidas, o que Circe se convierta en una pesadilla nocturna en el barrio chino de Dublín. Buena parte de los episodios de la *Odisea* homérica hallan su contrapartida en accidentes triviales, cotidianos, insignificantes o incluso groseros de la vida del Dublín del día 16 de junio de 1904. El paralelismo que establece James Joyce acaso tenga más importancia desde el punto de vista del tratamiento del tiempo que desde el punto de vista del contenido de las equivalencias que pudieran señalarse; mejor dicho, estas equivalencias acaso dependen del sentido que tiene el hecho de que lo que constituye un viaje de veinte años se cumpla en un solo día. El héroe moderno de clase media, el antihéroe por excelencia, tiene al alcance de su mano experiencias cotidianas que exigían no menos de dos decenios para madurar en la Antigüedad. □